



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

BARÍTONOS DE ZARZUELA
JOSÉ SALA JULIÉN



Actor distinguido
de la buena escuela.
¡En contando con él no se ha hundido
ninguna zarzuela!

SUMARIO

TEATRO: De todo un poco, por Luis Taboada.—[A los toros], por Eduardo Buitrago.—Qué espantosa soledad!, por Juan Pérez Zúñiga.—Gabón de pieles, por Manuel Martínez.—El amigo servicial, por Vital Aza.—Confiteor, por Sinisio Delgado.—Palique, por Clara.—Lo justo, por Luis P. Fernández.—Paras matemáticas, por Ramón Caballero.—Chismes y cucullas.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Sala Julián.—La bola de nieve.—En acecho, por Gilla.



Ni el ejemplo de humildad que nos han ofrecido estos días los poderosos de la tierra visitando a pie los sagrarios, ni el recuerdo de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ni el lavatorio que se verifica anualmente en Palacio, nada de esto ha influido en el ánimo del público impresionable, que sigue pensando en Dabán.

La carta del general famoso ha despertado en los hombres de temperamento rebelde ideas que parecían dormidas, y vuelven a estar de moda los conspiradores.

No me refiero a los conspiradores de verdad, sino a unos cuantos padres de familia, incapaces de pisar a nadie en un callo, ni de darle el menor disgusto a su casero, y que andan, sin embargo, por ahí echándose las fieras, con los ojos revueltos, los bigotes alborotados y las uñas de medio luto.

He conocido un terrible conspirador que refería sus hazañas en el café, excitando el pavor de los circunstantes, y después se iba a su casa, donde entre su mujer y su suegra le llenaban el cuerpo de cardenales.

Más de una vez le he oído contar que ha estado a punto de que le fusilaran, y que el Gobierno había ofrecido por su cabeza veinticinco duros.

—¡Qué horror!—exclamaban los oyentes.

—¡Oh! Pues si me hubieran visto ustedes a mí con un balazo en el vientre, desangrándome como un ternero y teniendo que ponerme a hacer el chocolate para el jefe de la partida, que estaba extenuado por el hambre, ¿qué dirían ustedes?

—¿Y no se le saltan a usted las tripas?

—Al principio, sí; pero después me puse un corsé de la cantinera y se contuvieron hasta el día siguiente, que pude llegar a Despeñaperros.

Aquel héroe que había excitado la admiración de toda una colectividad de hombres serios, aquel segador de cabezas humanas que se lavaba las manos con sangre y se bebía el petróleo por vasos de medio cuartillo, lanzaba agudas quejas algunos días después desde el balcón de su casa y pedía socorro a grito pelado, porque al cortarse un padastro se había hecho sangre con las tijeras.

El afán de aparecer «hombre terrible» conduce a los mayores extravíos. Hay personas tratables que tienen cabal idea de sus deberes, que discurren con claridad, y con esto y todo se pasan la vida en ridículo.

—¿De dónde viene usted?—se les pregunta.

El interpelado sonríe maliciosamente; después mira a todos, coge al interpelante por la muñeca y le dice:

—Vengo de una junta.

—¿De una junta?

—¡Chisssss!... Usted es persona de confianza.

—Sí, pero...

—Baje usted la voz... Zorrilla está aquí.

—¿Aquí? ¿Le ha visto usted?

—Yo no, porque no lo he sabido hasta esta mañana, pero llegó anoche, dentro de un saco de carbón... Esto no dura ni ocho días... ¡Chisssss! Usted es persona de confianza... Hemos estado celebrando una conferencia que ha durado desde las cuatro de la tarde hasta ahora mismo... ¡Ocho horas!

—¿Y qué?

—Nada; que está todo arreglado.

—Pero...

—¡Chisssss! Hay muchísima gente comprometida. A usted se le puede decir todo, porque es persona de confianza.

Y poco a poco, y con la eterna muletilla de la confianza, el conspirador va contando la cosa a todo el mundo, incluso a la portera, que no puede menos de comunicárselo a los vecinos para que no manden los chicos a la escuela y compren comestibles.

—Pero usted ¿por quién lo sabe, señá Isidra?—le preguntan los alarmados inquilinos.

—Pues por el del segundo, que ha estado hablando con el propio Zorrilla en una salchichera de la calle del Gato.

—¿Y cuándo es la revolución?

—Deba ser esta tarde, pero puede que la *hagan* suspendido por el mal tiempo.

Estos conspiradores sólo sirven para alarmar a la gente sencilla, que no los conoce. Algunas veces el Gobierno se escama también y dicta órdenes severas mandando que sean conducidos a la cárcel.

—¡Pero, Dios mío!—grita la esposa de uno de éstos.—¿Qué delito ha cometido mi esposo? ¡Un hombre incapaz de meterse con nadie!

El conspirador sella los labios de la atribulada esposa con estas supremas palabras:

—Juana, el hombre político se debe a la patria. No te digo más... A las once dale la purga a Mandilito... Las llaves de la cómoda quedan encima de la mesa de noche... Adiós.

Y sale con paso firme, seguido de los agentes de la autoridad, que van diciendo entre sí:

—Este sí que es un conspirador como una casa. No hay más que verle el dedo gordo de la mano izquierda, todo quemado por mor de la pólvora.

Ya en presencia del juez, el detenido declara que es un infame; que ha tratado de hacer la revolución con diez y ocho reales y medio, en compañía de un alférez retirado y de un colchonero de la calle del Tribulete; pero como la autoridad no encuentra, por más que busca, fundamentos bastantes, sobresce la causa y pone al temible conspirador en mitad del arroyo.

—Felizmente—dice él al otro día,—no han podido apoderarse de los papeles.

—¿Los había ocultado usted?

—Sí; los tengo escondidos debajo de un ladrillo en la carbonera.

—¿Cartas, tal vez?

—Sí; cartas de un primo que tengo en Villafranca, donde debía darse el golpe el día 6; pero ha tenido que suspenderse todo, porque a él le salió un flemón.

El número de conspiradores de pandereta es considerable. Para uno que exista dotado de las condiciones que su interesante argumento requiere, hay cincuenta que se pasan la vida cometiendo toda clase de ridiculeces.

Y ahora, con eso de Dabán, se les ha desarrollado la tontería.

Pero ya verán ustedes cómo todo es música.

LUIS TABOADA.

¡A LOS TOROS!!

Madrid, castillo famoso de otros tiempos y otros reyes, volviendo a entonar *el gloria* sin pizca del *in excelsis*, canta lo que ve aquí abajo más pintoresco y alegre, pues toros le dan con cañas que se rompen y se beben.

Viejo ó nuevo, el empresario ha dicho ya en sus carteles: «Ahí tenéis los lidiadores y allá van las bravas reses.»

No hay, pues, que llamarse a enmi haya dimes y diretes; [gaño] que, entre los *altos* famosos, ahí tenéis los *carbubuses*; y si buscáis las divisas de las fieras que arremeten, os las muestran con corona duques, condes y marqueses.

¿Que la *afición* se ha perdido? ¿No habrá quien la capa empuñe por ver echar un capote a los diestros Rafaelés?

¿No hay quien cieg al sol *al sesgo* desde la tarde del viernes y llóre como un Medrano al llega el domingo y llévél

¡Pueblo de los más gloriosos cornudos antecedentes, que el pan blando no codicia y duros los toros quiere!

Taurino Club en la corte sus puertas abre y promete fomentar el sacro fuego que ya quemó a los franceses.

Y que ese Club no consienta que al fin nos llamen peleles, vencidos en cornuquia por Carnuts y Bculangeres.

Y que el taurófilo Centio haga que *Frasuelo* deje que la *tordilla* coleta por el cogote le cuelgue; que aún le quedan duro brazo, vista clara y fino temple, y *Ostión* habrá que castigue y *Pulga* que salte y bregue. Y los chiquillos que valgan que den sus pruebas y *altoren* y hagan el drama de *punta tras embolado sainete*.

Y ¡a la plaza, caballeros! que allá van, montando *arenques*, *Pigote*, de buenos paños, Calderón, de *buenos dientes*.

Y hay *Lagarto verde y oro*
y *Gacriña plata y verde*,
y luego, entre encajes, rosas,
y, entre pantillas, clavetes,

el valor y la hermosura,
la aristocracia y la plebe;
chiste al aire, sangre a tierra,
vino flojo y óvono fuerte.

EDUARDO BUSTILLO.

¡QUÉ ESPANTOSA SOLEDAD!

Tiene Soledad García
rostro tan irregular,
que al ver su fisonomía
no hay quien no rompa a llorar.

Sus cejas son castañillos
de pelo fuerte y cortado.
¡Qué hermoso par de cepillos
para limpiar el calzado!

Sus orejas no comprendo:
una es angosta, otra es ancha,
y las dos están pidiendo
que les pasen una plancha.

Su cabeza reluciente
tiene tres pelos no más,
dos rubios sobre la frente
y uno negro por detrás.

Demuestra cuando respira
que no lleva rosas dentro,
y su cuello es una lira
con una nuez en el centro.

Pues no hablemos de los ojos.
¡Son lo más picaronazos!...
Por lo chicos y lo rojos
parecen dos arañazos.

Tuvo virtuelas; por eso
el ver su rostro picado
es ver un trozo de queso
de Grayer apollillado.

De sus dientes no hay que hablar:
tiene dos, y temo que
se van un día a quedar
clavados en el *biel*.

Según el médico Arroyo
(el cual la ha visto en el lecho),
tiene Soledad un hoyo
donde otras tienen el pecho.

Su nariz es un hotel
con balconaje colgado.
¡Qué animación hay en él
cuando llega un constipado!

Conque... animate, lector,
que Soledad es soltera,
y ahora está en la edad mejor
para flechar a cualquiera.

De virtud anda tal cual;
llévatela en matrimonio,
porque aunque no tiene un real,
tiene un genio del demonio.

Y es una ganga escoger
por mujer al mismo Picio,
pues nadie la ha de querer
estando en su sano juicio.

¡Que al fin te estorba algún día!
¡Ponla un espejo delante,
y al ver su fisonomía
se queda muerta al instante!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

GABÁN DE PIELES

A fuer de hombre honrado, debo declarar que ningún año he sentido como voy a sentir en el corriente la llegada de la primavera.

Antes, apenas llegaban los primeros efluvios (creo que se dice *efluvios*, pero no respondo de ello) de la estación primaveral, mi espíritu se espacaba para recibir las gratas impresiones de la alegre naturaleza.

La luz radiante, la verde pradera *borderada de flores* (esto lo he aprendido estos días de no sé qué autor), el embalsamado ambiente, el trinar de los pájaros, las lilas—¡oh las lilas!—todo eso me producía alegría y bienestar.

La primavera me sonreía.

Hogaño me ha sonreído el invierno.

Al desaparecer el invierno, desaparecerán ¡ay! los gabanes forrados de piel, y ¡quién sabe si los volveré a ver!

Volverán las oscuras goloandinas, pero algunos gabanes que han *debutado* este año, el año próximo estarán calvos.

¡*Sic transit!*...

Y poco gozoso que estaba yo con ver a casi todos mis conciudadanos con gabán forrado de piel!

He dicho *casi todos*, porque aunque eso se ha generalizado mucho, aún quedábamos algunos sin armar, pero preparados quizás para la temporada próxima.

Verbigracia, Taboada, Eduardo Palacio, un servidor de ustedes....

¡Cuántos de estos pasados días de trancazo y gripe estábamos sentados junto al velador de la cervecería y veíamos pasar a alguno de los ya favorecidos por la suerte y nos mirábamos.... así como avergonzados y decíamos: «¡Lo que es el año que viene!... ¡Del año que viene no pasa!»

Porque ya casi todos están provistos: Marcos Zapata, Moya, Comenge, Sinasio, Vital, Pina Domínguez.... ¡Quién! Si no llegamos a media docena los desuados.

Sí, sí, desuados; porque un hombre sea impermeable para los días de lluvia y sea gabán para los días de viento norte, ¡qué es sino un Adán en cueros vivos, es decir, un Adán antes de la hoja?

Con impermeable, peor ó mejor, ya nos hemos hecho Taboada, Cavia y yo. Eduardo Palacio creo que aún no ha llegado a eso; por lo menos nada me ha dicho.

Pero yo he disfrutado mucho este invierno, cuando emborazado en mi capita por esas calles y viendo pasar a mi lado un sujeto con gabán de pieles, y luego otro, y detrás otro, y otro....

«Andal—decía yo para mi capita.—Para el bobo que cree a los periódicos de oposición, a los conservadores sobre todo. Ellos todos los días diciéndonos que la ruina nos amenaza, que el hambre crece, que la miseria se extiende, que la pobreza lo erma todo, y yo lo que veo es que los gabanes de pieles aumentan de día en día. ¡Qué mayor prueba de prosperidad pueda ofrecer un pueblo que la de presentar todos sus ciudadanos abrigados con piel!»

Porque es mucho lo progresado en la materia, progreso que yo atribuyo al influjo del Gobierno de Sagasta en la vida social.

Antes era raro encontrar un español con gabán de piel. Le tenían Eguilior, Mariano Catalina, crea que Castrola.... en fin, que si se encontraba uno en la calle con un sujeto vestido de oso, podía sin escrupulo quitarse el sombrero, en la inteligencia de que se le daba a una notabilidad.

Hoy.... ya es otra cosa. Son muchos los sujetos a quienes tateo por efecto ó por razón de compasión, y a los que nuestro frecuentemente vestidos con el elegantísimo gabán de pieles.

Y los detengo, y los hablo, ¡ya lo creo! Me gusta mucho que después me digan algunas personas: «Ve, ya le visto a usted en la Carrera de San Jerónimo hablando con un señor que llevaba gabán de pieles!»

Que es como decirme: ¡Vaya si está usted bien relacionado!»

Eso sí, debo decir que vengo observando cómo va lentamente desapareciendo la raza felina.

Hace poco me decía una señora a quién fui a visitar:

—¿Y no ha notado usted que ahora hay menos gatos de Angora que había antes?

—Señora—contesté.—As que esos gatos son ahora gabanes de caballero. Hoy me preocupa, sin embargo, la idea de si desaparecerán los gabanes con la misma rapidez que han ido desapareciendo los gatos, es decir, si se habrá encontrado el medio de evitar la alopecia de los gabanes.

Porque la de las personas, por mucho que digan los vendedores de específicos, no se ha encontrado todavía, y a mí me parece que debe de ser más difícil conservar el cabello en la naturaleza muerta; porque al fin y al cabo, ¿qué es un gabán de pieles sino la suma de varios trozos de piel de animales difuntos?

Sea como fuere, y por muy efímera que resulte esta etapa de la historia que pudiéramos llamar la edad de piel, como ha habido la edad de oro y la edad de hierro, lo cierto es que hoy por hoy podemos *magloriarnos* con decir que Madrid es una de las poblaciones más abrigadas de Europa.

¡Y lo que viste eso! ¡La aureola de comodidad, de bienestar, de riqueza que presta a una persona un gabán de esos!

Un hombre con un gabán de pieles es un hombre que lleva encima, colgada de los hombros, su propia garantía.

Vaya usted a alquilar un cuarto, y como al visitar al casero lleve usted gabán de pieles, tenga por seguro que le dirá:

—Nada, nada. El cuarto renta tanto, pero sin fianza, ni mes anticipado, ni fador de casa abierta, ni Cristo que lo valga. ¡Me basta verle a usted!...

Pues supongamos que se acerca usted a decir a un amigo:

—¡Tíques ahí un par de duros?

Si va usted a cuerpo ó con capa, le contestará:

—¡Chico, perdona, pero me coges en una situación!... ¡Precisamente este mes!...

Pero si lleva usted el susodicho gabán, le dirá:

—¡Dos duros? ¡Y diez si quieres! ¡No faltaba más! ¡Siendo para tí!...

¡Ah! Todas estas ventajas las echará a rodar la retirada del invierno y la llegada de la primavera.

Durante el invierno.... ¡aún hay clases!

En cuanto venga la primavera.... ¡la nivelación social!

Y usted, amigo *Clarín*, hace mucho tiempo que por acá no le vemos a usted el pelo.

¿Tiene usted ya también gabán de pieles?

¡Y perdóneme la pregunta si es indiscreta!

MANUEL MATOSÉS.

EL AMIGO SERVICIAL

—¡Vaya usted con Dios, don Paco!

—Buenas tardes, don *Cunilo*, digo, Canuto.

—¿Ya estamos con los nervios?

—*Mecha.... mecha*, digo, mucho. Cuando el tiempo cambia un *peco*, digo, un *piño*, ¡vamos! ¡un poco!

—¡Enterado!

—Yo no sé cómo me *piango*,

digo, me pongo.

—Caramba!

¡Está usted atroz, amigo!

¿Y qué hace usted?

—Lo de siempre.

Encargotes.... encarguitos.

He recibido unas cartas haciéndome unas peditos,

y voy a ver si *despacho*,

digo, *despacho*.... *despicho*....

—Despacho!

—¡Justo! ¡Eso es!

Tengo que mandar hoy mismo

unas *canas*, digo, *cosas*.

—Vamos, usted, por lo visto,

gata con esos encargos.

—Hombré, hay ciertos compromisos,

y a mí me gusta cumplir

con los *encargos*.... amigos.

No haciéndolo así, no *debo*....

—¿Cómo no debe!

—No vive!

—¡Ah! ¡Ya!

—Mire usted la nota

de lo que yo necesito:

una visita de encajes;

una capota de *fitro*,

digo, de fieltro; unas flores

para adornar un vestido

de *bedá*, digo, de boda;

seis camisetas de *liso*,

digo, de *lana*.... ¡de lana!

—Pues está usted divertido!

¿Y quién pide tanta cosa?

—¿Quién le mete en tanto lo?

—¿Que quién?... Doña *Patricio*.

—¿Cómo?

—Doña *Patrociniol*

La *esposa*, digo, la esposa

de un señor amigo mío

que es holicario de *Punto*,

digo, de *Punto*.... ¡de Pintol!

¡Y no es esto sólo!

—¿No?

—Pide además un abrigo

y un juguete para el *bejo*....

—¿Como para el ojo?

—El hijo!

—¡Ah! ¡Vamos!

—Es un *machucito*,

digo, un mechacho muy liaco.

Pues también tengo otro encargo:

unos trajes de *pañeta*,

digo, de pañeta, y gorras

de *marino*.... de marino;

tres docenas de camisas,

y unos guantes de cabrito

con seis *botones*.... *botones*....

—¡Botones! Ya he comprendido.

Pues ya tiene usted trabajo

para unos días, de hijo.

(1) Del mismo en preparación: *Pañeta y botones*.

LA BOLA DE NIEVE



—Mamá no se opone á que nos hablemos, pero papá, desde que lo ha sabido, no me mira con buenos ojos.



—¿Qué te ha dicho tu novia?
—Que su padre es un bárbaro y que la está matando á disgustos.



—¡Madre! Corra usted, que á la señorita Mercedes la está matando su padre.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Un señorito que salta ahora de la casa.



—Les digo á ustedes que es el Evangelito. Mi chico le ha visto con un revólver.



—¿No oyen ustedes gritos?
—¡Pobrecital! Lo menos le ha dado á estas horas catorce puñaladas.



—Pero ¿qué es ello?
—Nada; un padre que ha matado á su hija.
—¿Se quiere usted caliar? Es la hija la que ha matado al padre.



—¡Ahí, ahí! En el piso bajo. ¡Entren ustedes pronto!



«Esta tarde se ha cometido un crimen en la casa número 126 de la calle de la Greda, piso bajo. Según se decía en el lugar del suceso, D. R. M., militar retirado, ha asesinado á su preciosa hija P. con una navaja de afeitar. La citada joven sostenía relaciones amorosas con un sujeto que no era del agrado del Sr. M.»



—¿Dónde vas, hombre?
—A pegarme un tiro. Mi novia ha sido asesinada por su padre. ¡Bien lo temía la pobrecital! Y por mí... ¡Por mí!



«No se culpe á nadie de mi muerte. Penas de amor me llevan á la tumba.»
—Vamos, eso es que ha tronado con la gacha.
—¡Ah! Pero ¿había eso?
—Supongo yo. ¿Quién no la tiene?



—Toma, hija mía; entérate de lo que ha hecho tu novio.
—¿Qué ha hecho?
—¡Matarse!

—¡Cielos! ¿Por qué?
—Bien claro lo dice el periódico. ¡Porque se le ha escapado con un amigo la mujer con quien vivía maritalmente!

—¿Qué, no, señor? Esta tarde ya estará todo en camino. Voy, y presento la nota en la tienda de un amigo, y lo depositas al punto en unos cuantos minutos. Conque abur, que tengo prisa... —*Dejo... digo...*

—Calle usted, por Dios, don *Pere*, digo, don *Fernando*, don *Picasso*. ¡Don Demoniaco! ¿No ve usted? ¡Yo también me he equivocado! —Pues lo siento muchísimo. —*Macho!*

—¡Ay, qué lengua! ¡Es un trabajo!

VITAL AZA.

CONFITEOR

I

—Yo tengo celos, padre. —Mala cosa.

—¡Unos celos rabiosos! —¡Ay de ti! ¡No confías en tu esposa! Pues sufrirás tormentos espantosos. —Si no se trata de eso, señor cura, mi mujer es honrada. —¿No tienes celos de ella, criatura? Pues entonces, ¿de quién? —¡De mi cuñada!

—¡Horror de los horrores! ¡El demonio ha inspirado esos amores! —Es muy guapa, ¡guapísima! La quiero, pero no se lo he dicho por si fuera un capricho pasajero... ¡Ay, no está mal capicho! —Y acaso lo será.

—Lo siento ahora convertido en pasión abrasadora. Verá usted. Cuando tuve pulmonía llamaron á un doctor que vive enfrente; me he curado hace un año, un mes y un día, ¡y el hombre sigue yendo todavía, porque dice que estoy convaleciente! ¿Y sabe usted por qué? Yo me figuro, ¿qué digo figurarme! estoy seguro de que mi cuñadita no le parece fea... ¡qué le ha de parecer, si es tan bonita! y ante la sola idea de que si va á casarse me la quita, me irrito, sufro, me enfurezco, ¡lorol! lo que me prueba, padre, que la adoro. —¡Eso no puede ser! El hombre fuerte ha de saber luchar con las pasiones. Tu amor es criminal; ¡antes la muerte! Vencerás con ayunos y oraciones.

II

—Aquí estoy, padre cura. Ya mis celos hubieron como nubes de verano. —Nunca faltan consuelos para todas las penas de un cristiano. —Sí, ya vivo feliz, ya estoy tranquilo y no paso los días con el alma en un hilo cavilando un sin fin de tonterías. —¿Y quién supo salvarte de las garras de aquella tentación? —Mi buena estrella. El médico de marres iba... ¡por mi mujer! y huyó con ella. —Un castigo de Dios! ¡Diente por diente! ¿Y qué ha pasado? —Nada; pues... que yo me quedé con mi cuñada, y vivimos los dos tan ricamente.

SINESIO DELGADO.

PALIQUE

En *El País*, periódico de Ahuachapán, República del Salvador, en la América Central, leo que un Sr. D. Francisco Gavidia ha publicado un artículo *contra China* en *El Repertorio* (muy periódico mío). El Sr. D. Francisco Gavidia me creará hájia mi palabra si yo le aseguro que no sé quién es. Según el mismo *País* (cuya defensa de este su seguro servidor le agradezco en el alma), el Sr. Gavidia es un afamado poeta y literato notable centro-americano. A mí más bien me parece un poco *satánico* por eso de ir á meterse conmigo que estoy tan lejos y tan inocente. Hasta ahora, de que había Gavidias en el mundo, si quiera fuese en el otro.

El que yo no conozco al Sr. Gavidia no quiere decir nada contra el mérito *poético* de ese caballero, porque no me precio de conocer á todos los poetas insignes de América; como tampoco sé cómo se llaman una porción de autores célebres contemporáneos que me consta que hay en China. A veces, por aparentar, me aprendo de memoria media docena de nombres chinos de otros tantos novelistas, dramaturgos, etc., y cuando pocos días después voy á darne todo delante de alguien citando á mis chinos, con

todos sus pelos y señales, ¡adiós! me trabuco, me estredo en aquel demonio de lengua monosilábica, y todo lo que digo suena á platillos.

Y á propósito de platillos: á hombre me suena á mí no poco de lo que dicen de esas docenas de poetas insignes americanos los críticos y viajeros literarios que por acá nos quieren unir con América por medio de un cable de rípicos de aquende y aliende el Atlántico. Esto no lo digo por el Sr. Gavidia, que bien puede ser insigne de verdad, sino por otros, á los cuales he tenido el disgusto de leer, después de oírles alabar sin tasa.

¿Y qué resultó! Que para esos Velardes y Grillos no necesitábamos alforjas.

El Sr. Gavidia, aunque yo no le conozco á él, parece que me conoce á mí; al menos así lo dice *El País*: «El Sr. Gavidia no ha juzgado bien al hombre á quien dice conocer lo bastante.»

¿Que me conoce lo bastante! Gavidia, Gavidia... no caigo. ¿Será Valdivia? ¿Estará usted equivocado y será usted Valdivia? ¡Ah! Sí; de Valdivia me acuerdo; buen muchacho... algo *incoherente*... Pero no; si dice Gavidia. Ga...vi...dia.

El artículo de este señor poeta que me conoce lo bastante ha llamado la atención de D. Rubén Darío (tampoco conozco á D. Zabalón, digo á D. Rubén), que reproduce el escrito de Gavidia en otro periódico que se titula *El Diario*; y D. Rubén afirma que el trabajo es *soberbio* y lo recomienda á toda la prensa americana. Pero dejémonos de cuentos.

¿De qué se queja el Sr. Gavidia? ¿Qué tripa se le ha roto? ¿Qué le he hecho yo á él?

Según el Sr. Gavidia, yo he criticado las *Cartas Americanas* de Valera. Según lo que llame usted criticar. Ya me guardaré yo de medirme con mi querido amigo y maestro D. Juan; yo nunca critico á Valera. Pongo á veces algunos reparos, con humildad de discípulo, á las afirmaciones del ilustre humorista, y ya sé yo que eso no le molesta á D. Juan, porque lo que yo digo siempre de él es que peca de benévolo con los autores medianos; y esto lo sabe él mejor que yo; sólo que dice, como la señora aquélla del sainete que dejaba un pañuelo olvidado encima de la mesa: «¡Es á propósito, caballero!»

¿Quién le mete al Sr. Valdivia, que está tan lejos, en estas cosas nuestras? ¿Vamos nosotros á la América Central á ver si él disputa ó no con D. Simeón, digo, con D. Rubén?

Lo que irrita al Sr. Gavidia es que, por lo visto, él piensa que yo trato con desdén y menosprecio á los escritores americanos.

Repito lo de los chinos. Yo respeto todas las literaturas. Pero las divido en dos clases: las que conozco, mal ó bien, y las que no conozco. De algunos escritores americanos voy sabiendo ya lo bastante para ponerles en los cuernos de la luna, v. gr., de Miguel Caro; de otros sé bastante ya también para afirmar que son unos chapuceros, como los muchos que tenemos por acá. Por ejemplo, el Sr. Calcaño. Pero de la mayor parte de los escritores de América yo no sé más que por lo que dicen otros... y no me fio, y me abstengo de votar.

¿Me niega el Sr. Gavidia el derecho de no entusiasmarme como testigo de referencia? Lo que yo puedo decir de muchos escritores americanos es lo que digo del mismo Sr. Gavidia, que hay quien los llama afamados, pero no puedo asegurar que sean dignos de fama.

Tampoco me puede negar el derecho, porque esto es además un hecho, de ser gato escaldado; ni su accesorio, porque el que quiere lo principal quiere lo accesorio, de huir del agua fría.

Si de alguien me fiaría yo de buen grado en tan delicados asuntos de gusto sería del Sr. Valera, que sé que lo tiene excelente... pero como estoy en el secreto de su benevolencia (secreto que le honra sobremanera), del Sr. Valera es de quien menos me fio.

No hay desdén, no hay menosprecio, ni nada de eso que sería absurdo, locura. No hay más que ignorancia que se conoce y sabe callar. Mientras no conozca mejor la literatura americana, calló. Y no llamo yo conocer una literatura leer unos cuantos libros que hablan bien de ella. De lo poco que he visto, unas cosas me han gustado y he podido confirmar la opinión de quien me las había puesto por las nubes; otras cosas, muchas, entre ellas las que corresponden á ciertas *eminentias* que no me lo parecen, no me han parecido buenas. Pero esto no es desdeñar. Es aplicar á América el mismo, el mismísimo criterio que aplico á España, donde también hay muchos escritores famosos que no me gustan. Y yo no desdeño á España.

El Sr. Gavidia, según dicen, encuentra el desdén y la malicia en ciertas palabras mías que subraya, v. gr., *la América llamada latina*. ¿Y eso qué? Váyale usted con el cuento al Sr. Valera, que es el que me sugirió eso de la *llamada*. El se explicará mejor.

No, Sr. Gavidia, no hay desdeños; no hay más que franqueza y buena voluntad. Se les trata á ustedes como á *nación más favorecida* y nada más. Por lo mismo que yo voy con toda buena fe á esta bendita fraternidad literaria de América y España, quiero que la confianza sea verdadera, el trato íntimo y no diplomático, y que no se me pidan para los de allí adulaciones y benevolencia mal entendidas que niego á los de acá.

Una cosa es la unión cuasi-patriótica de los pueblos y otra los fueros literarios.

Por mucho que yo quiera á América, ¡la querré más que á España! Pues oiga usted:

Hay dos pundonorosos militares españoles, uno de tierra, el Sr. Cano, otro marino, el Sr. Novo, que son literatos y hacen comedias que á mí no me gustan. Pues bien, en caso de guerra con el extranjero, yo iría gustoso, como simple soldado, detrás de cualquiera de ellos, muy contento, muy disciplinado, simbolizando en sus insignias, las que llevan en esa manga derecha, que corresponde á la mano que escribe esas comedias que tan mal me parecen, todo el amor y todo el honor de mi patria.

Seamos, Sr. Gavidia, un pueblo solo en dos continentes. Pero concédame la *extraterritorialidad* de los rípicos, cobijémos una á otra bandera.

CLARÍN.

LO JUSTO

A interesante proceso mi morena me llevó, porque mi boca dejó entre sus labios un beso. Fuimos los dos al juzgado, yo turbado y ella airada. ¡Qué mujer tan agraciada delante de un desgraciado! Ella habló de su honradez, me apostrofó con dureza.... después.... regió la cabeza y dijo, altánera, al juez:—De su justicia yo pido,

señor juez, que á este traidor aplique todo el rigor del Código por bandido. —¡Eso no!—yo respondí con arrogancia inaudita.— El ladrón no da, que quita, y yo no quité, que di. Y el juez, que atento escuchó, del asunto se inhibió, y como no hubo condena, mi conciencia morena el beso me devolvió.

LUCAS FERNÁNDEZ.

PURAS MATEMÁTICAS

Me dicen que el quererte como te quiero es cariño que cuesta mucho dinero; pero todos se callan ó ignoran todos que el dinero se aprecia de varios modos, por más que una peseta, cuando la aplicas, valga diez peras grandes ó veinte chicas. Diré cómo yo vuelco mi faltriquera, por que no quede tonto que no te quiera. Cada cuenta de trajes, haya ó no lazos, me vale diez sonrisas y diez abrazos; aunque no son tus trajes los que me chocan, son tu cara, tus manos.... ¡cuanto ellos tocan! Es la guardilla nuestra pequeña y fría, pero es nido de amores, ¡y ya varía! Es palacio que, á trueque de ponderarlo, no hallo nunca dinero con que pagarlo. Por cada cien peretas que honran tu historia, tengo yo una promesa que es una gloria; y por cada billete que en darte quedo, guardo un retrato tuyo que me da miedo.... Ya sé que es más barato (para quien sea) no tener mujer guapa.... ni mujer fea; pero es aún más barato, y aun más seguro, el no poder gastarse jamás un duro; porque esos que critican, á troche-moche, ni tienen dos pesetas, ni tienen coche. Y eso que yo de coche, si no estoy loco, sospecho que no ando muy bien tampoco!

RAMÓN CABAILLERO.



La triunfante bestería, poema burlesco dividido en dos partes.

Parte primera:

«Varias señoras se han reunido en el palacio episcopal, con objeto de acordar el medio de impedir que en las funciones del Teatro Real se introduzcan bailables deshonestos.»

¡Así, duro contra la inmoralidad!

Pero ya podían haber tomado las señoras otro acuerdo:

El de no volver al palacio episcopal, en vista de que allí no hay más que hombres.

Parte segunda:

En cuanto anunciaron algunos periódicos que el alcalde había dado un bando permitiendo la circulación de coches desde la seis de la tarde en adelante los días de jueves y viernes santos, se levantaron en los Cuerpos Colegisladores algunos cangrejos respetables á decir que ¡no! que ellos no daban un paso hacia adelante de ninguna manera.

Resulta, pues, que el mejor modo de recordar la sagrada Pasión es andar por esas calles como palominos atontados, dándose empujones y estorbándose unos á otros.

Por lo cual debe pedirse que vuelva á permitirse el solemne acto de esperar á los Reyes y el no menos solemne de la adoración de la Cara de Dios.

Por mí, que vuelva la ronda de pan y huevo.

De un anuncio:

«Es popular en París decir á una persona que tose: *Tenez usted el Merveuil.*»

Y aquí se ha hecho también muy popular decir á los que estornudan:—*Jués!*

Y acabamos más pronto.

El más malo de los tontos es el tonto que pretende echárselas de gracioso.

Siempre hablas del verde prado.... ¿Es por demostrar que pasas toda la vida pastando?

ALEJANDRO RIBERO.

Libros.—El cuarto folleto de *Celebridades españolas contemporáneas* le constituye un estudio crítico biográfico del célebre Dr. Thebussem, hecho por D. Andrés Ruiz de Cobos. Le acompaña un magnífico retrato del biografiado y un facsímil de una carta suya. Precio, una peseta.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Se ha publicado el cuaderno 4.º de esta interesante obra.

La última peseta, novela de D. Francisco Carbonell, publicada por la Biblioteca Andaluza, que ha tenido gran éxito en todas sus obras y que lo tendrá seguramente en ésta. Precio: 1,50 pesetas.

Aires nacionales, colección de poesías lindísimas, originales de D. Luis Zapatero, con un retrato del autor y un prólogo de D. Angel María Alvarez Taladriz. Precio: una peseta.

«Loco ó delincuente?», novela social contemporánea, por D. R. Vega Armentero. No hace mucho tiempo excitó la atención pública un proceso formado al autor de este libro. Esta novela trata, pues, un importantísimo problema y es digna de estudio. Precio, 2,50 pesetas.



Doña María del Carmen Estremera, hermana del redactor de este periódico D. José, ha muerto el día 2 de Abril. Reciba nuestro queridísimo amigo la expresión sincera de nuestro sentimiento por la nueva desgracia que le aflige.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un químico.—Como verdades de Pero Gulló si son, pero gracia no tienen.

El Rastro.—¡Mire usted que venir ahora con unas coplas contra el vecino que toca el clarinete! Pero ¿usted no ha leído ninguna de las cien mil que se han publicado con el mismo asunto?

Sr. D. A. V.—Madrid.—Pero ¿qué ha querido usted decir con eso? ¿De veras está suprimida la libertad de enseñanza?

Sr. D. L. G.—Madrid.—La intención es sana, pero no le ayudan á usted las facultades.

Un cadáver.—Pero ¡cuánto machaca usted y cuán inútilmente! Distintas firmas, diferentes sobres y ¡siempre versos malos! Más vale que se dedique usted á hacer grilleras, que al fin es una profesión.

Sr. D. V. H.—El cantar y el acertijo los ha copiado usted, hijo.

Lorca.—Usted no los ha copiado de ninguna parte, es un suponer, pero le han salido medianillos.

Nos.—¿Sabe usted que hay que dibujar en papel autógrafa? Además, hay que corregirse de algunos defectillos de ejecución.

Calandria y compañía.—¡Buenos pájaros están ustedes!

Jaqueta.—No se distingue usted del resto de la humanidad en el modo de versificar. Es cuanto puedo decirle para su satisfacción y efectos consiguientes.

Casimiro Casveo.—Y casi-sucio. Digo, no; sucio sin casi.

Angels.—No conviene insistir sobre ese tema.

Sr. D. F. G. C.—Tan vulgar, tan larga....

¡Mejorando!—Fchs.... Como la anterior.

Sr. D. F. B.—Logroño.—¿Que no duda usted de que las insertaré? Mal hecho. Porque ojalá tuviera usted tan segura la gloria como que eso no es publicable aquí ni en Persia.

Naris pinturera.—¡Demonio! Se puede ser guasón, pero con ortografía. Porque á la niña *ermosa* le falta una h.

Capataz.—¿De qué? (De presidio!)

Sr. D. L. B.—Valencia.—Son malos todos.

Sr. D. A. B.—Madrid.—Y eso no es bueno tampoco. Con lo cual se consuela uno.

Cábito.—Ello es verdad, pero se ha hecho vulgar y los versos no son muy buenos que digamos.

Sr. D. C. J. M.—No son publicables.

Marcial.—Midamos los versos y demos gracias al Señor cuando no tengan sílabas de menos.

Virgilio.—¡Compañero, qué desahugo tiene usted! Así empiezan algunos caballeros que acaban por recitar en las tertulias, como suyos, versos de Becquer. Porque ese soneto se publicó, firmado por José de la Serna, en la primera época del MADRID CÓMICO, número 54 correspondiente al 2 de Enero de 1881. Y lo de los cueros es más viejo todavía. ¡Conque á robar al monte de Torozos! ¡Y se queja el hombre porque sospechan que es timador!

Trompetón.—Es muy graciosa. Pero abusa usted de las asonancias, de los participios para consonantes y de los detalles de mal gusto. Todo aquello de las pírramas es casi repugnante.

D' Monte.—No, pues no debe usted de estar en su sano juicio. Porque versifica usted disparatadamente.

A. C. I. T.—No se han publicado. Y no sé si se publicarán.

Un futuro constituyente.—¡Conque diez años nada más! ¡Pólvora bambú-má! ¡Tan joven y echándose de gracioso!

EN ACECHO



—¿Será Margarita? No, pues yo he de verla la cara en cuanto el otro separe un poco la cabeza.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.